

I



«Los encuentros más importantes han sido planeados por las almas antes incluso de que los cuerpos se hayan visto».

Paulo Coelho

Ya no hay vuelta atrás. El ajetreo de los últimos meses debería concluir con este traslado, pero mi pecho aún late a contrapié, como resistiéndose a asimilar el cambio, en parte porque mi yo racional no para de advertirme que quizá esté cometiendo el mayor error de mi vida. Mi familia tampoco ve con buenos ojos que, apenas seis meses después de conocer a Galo, me haya aventurado a vivir con él. He de admitir que a veces yo también tengo dudas, pero cuando esto ocurre, me basta verle dormir a mi lado, en la penumbra, para disiparlas. Podría pasarme horas mirándolo, en mis veintisiete años de vida jamás había sentido algo semejante.

Tengo el vértigo que se siente cuando las cosas van demasiado bien, como si en el fondo no me lo mereciera. Le conocí en Londres, en la sala de espera VIP del aeropuerto de Heathrow. El lugar no podía ser más frío e impersonal. Mi vuelo tenía retraso debido a la niebla, pero no a la de Londres, donde lucía un sol radiante, sino por la que había en Madrid. En ese momento pensé que el mundo estaba del revés, sin sospechar que mi pequeño mundo estaba punto de darse completamente la vuelta.

No me importó el retraso, porque así podría redactar un breve memorándum de mi viaje. Londres nunca defrauda, para mí, patear sus calles es una inspiración constante. Me sentía como tocada por los dioses por el hecho de que, en medio de una crisis económica global, yo pudiera ganarme la vida como diseñadora de moda masculina para el gigante textil español, aunque eso hubiera supuesto cambiar el sol de mi Valencia natal por la lluvia de La Coruña.

Tenía un gran despliegue de bocetos sobre la mesa, cuando un pasajero pasado de alcohol se pisó los cordones de los zapatos y derramó su copa sobre mi mesa, dejándonos a mí y al resultado de mi trabajo empapados de *whisky*.

—¡Maldito borracho! —dije en castellano con la esperanza de no ser entendida.

Fue la primera vez que le vi. Estaba sentado en la barra tomándose una copa y, al percatarse del incidente, se levantó para salir en mi auxilio. El camarero no tardó en llevarse al pasajero tambaleante hasta el otro extremo de la sala, mientras él me acercaba un taco de servilletas y se ponía a sacudir mis bocetos.

—*Thank you so much* —le agradecí.

—No hay de qué.

—Vaya, hablas español.

—Será porque lo soy. Galo Santacana. —Me tendió la mano con una bella sonrisa. Hasta entonces no le había mirado. Debía de rondar los treinta y tantos, y era exageradamente alto y corpulento. Tenía el pelo castaño claro y unos ojos enormes de color avellana con pestañas de vaca lechera.

—Paula Bernat —le contesté mientras continuaba secándome la camisa.

—Encantado de conocerte, Paula. ¿Esperas el vuelo de Madrid?

—Sí.

—Yo también, ¿te importa si me siento contigo? No me gusta beber solo. Si quieres te traigo una copa, prometo no tirártela encima.

—Un vino blanco estaría bien, quizás deba emborracharme para estar a tono con este olor.

—Me parece una excelente idea, me apunto.

Durante la hora y media que tardaron en abrir la puerta de embarque de nuestro vuelo me dediqué a observarlo. Era enorme, tenía una elegancia innata y el aplomo de quien se sabe atractivo. Llevaba vaqueros y una camisa blanca de lino por

fuera del pantalón; sus zapatos eran italianos y pude reconocer su chaqueta de cuero de la colección de temporada de Loewe. Estaba claro que manejaba dinero. Era un gran conversador y parecía impaciente por saberlo todo sobre mí.

Al llegar al avión me sorprendió el trato familiar que recibía por parte de la tripulación. Aunque los dos viajábamos en *business*, nuestros asientos estaban separados por un par de filas, un pequeño contratiempo que él estaba dispuesto a solventar. Le bastaron un par de palabritas al oído a una de las azafatas para que reubicaran al amable pasajero que estaba a mi lado, y que él ocupara su lugar. Solo entonces, ante mi cara de asombro y satisfacción, confesó que era piloto de Iberia y que volvía de un pequeño viaje de placer. Continuamos hablando durante todo el trayecto y, al llegar a nuestro destino, nos despedimos, no sin antes intercambiar besos en la mejilla y números de teléfono.

No había pasado ni una semana cuando se presentó por sorpresa en La Coruña. Pasamos el día juntos y terminamos la noche en su habitación del hotel Finisterre. ¡Aquello fue una especie de cataclismo! Aunque mi vida sexual hasta entonces no fuera escasa, Galo ha conseguido llevarme a lugares que ni siquiera sospechaba que existían, supongo que el uniforme de piloto le ha abierto más alcobas de las querría imaginar... A partir de entonces procuramos pasar juntos todo el tiempo que nuestros respectivos trabajos nos permiten.

Lo bueno de salir con un piloto es que viajas mucho. En nuestro primer viaje juntos a Praga me dijo que mis ojos azules le tenían hechizado; en Venecia, que no podía dejar de pensar en mí; y en San Petersburgo, que tal vez me quería un poquito. Pero fue en Florencia, en la terraza de nuestro hotel, a la luz de las velas y frente a la cúpula iluminada de Brunelleschi, donde me confesó entre lágrimas que estaba aterrorizado porque por primera vez en su vida se había enamorado. Ante tamaña declaración, yo le dejé tatuar su nombre en mi alma.

Al cabo de tres meses me suplicó que me fuera a vivir con él porque la distancia le estaba matando y, no sé si fui víctima de una enajenación mental transitoria, pero me descubrí echándome en sus brazos y diciéndole que sí.

Ninguno de los dos ha convivido antes en pareja y tendremos que aprender a hacerlo juntos. Hasta la fecha yo solo he vivido en la casa de mis padres, en un apartamento de estudiantes en Dublín y en La Coruña, con Marta Baena, mi fiel compañera y amiga. Me ha costado un mundo dejarla atrás, pero como la buena amiga que es, en cuanto le presenté a Galo, lo entendió.

La historia de Galo sigue siendo un enigma para mí porque él es muy poco dado a hablar de sí mismo. Vivió con sus padres hasta que cumplió los dieciocho. Ese día se marchó de casa para vivir con su mejor amigo, Tito Isasa, un psicólogo muy acreditado, autor de una colección de novelas para adolescentes que arrasa en librerías y ha sido traducida a varios idiomas. Ambos tienen treinta y cinco años y vivieron juntos hasta hace solo dos, cuando Galo se compró el ático en el que ahora vivo, en la calle Arturo Soria, con jardín, piscina y servicio de seguridad.

Es un dúplex de cuatro habitaciones. La primera vez que lo vi me sorprendió que un hombre solo viviera en un piso tan grande; mi antiguo apartamento cabría entero en su cocina. El hecho de que sea su casa me resulta algo incómodo, pero él ha puesto fotos mías por doquier, como dejando claro que es territorio ocupado. Como regalo de bienvenida ha acondicionado una de las habitaciones para que sea mi taller y las otras dos son la de invitados y la de Tito.

Sí, su amigo Tito, que vive a menos de quince minutos de distancia, tiene su propia habitación en nuestra casa, no menos extraño es que Galo todavía conserve su habitación de soltero en la suya, algo que a mí me resulta más que curioso, pero procuro guardar un prudente silencio al respecto.

Cuando Galo me lo presentó yo estaba al borde de un ataque de nervios. ¿Por qué? No lo sé. Hay algo en él que me intimida,

algo turbio en su mirada, como si supiera más de lo que dice. Apenas le he visto tres o cuatro veces. Galo me advirtió que es muy importante en su vida, por eso me he esforzado por caerle bien. El día que le conocí se mostró tímido y adorable conmigo, pero después su actitud cambió. Ahora me ignora con cordialidad y me dirige la palabra solo si es estrictamente necesario.

Me consta que intentó disuadir a Galo de que viviéramos juntos y eso me duele. Es probable que piense que no soy lo bastante buena para él, y en ese sentido, no puedo reprochárselo, porque yo lo pienso con mucha frecuencia. Ya me lo advirtió mi hermana: salir con un hombre más atractivo que tú es letal para la autoestima. Pero como yo soy poco dada a escuchar consejos, aquí estoy, en la cama con un hombre que a todas luces no merezco, pero que por algún extraño milagro me mira como si yo fuera la única mujer de la Tierra.

A las siete, el despertador me sorprende sin haber pegado ojo, estoy demasiado excitada como para poder dormir. Galo se despreziza feliz a mi lado y se abalanza sobre mí, besuqueando mis pechos y mi cuello. Es algo que adoro de él, siempre amanece de buen humor, como si el mundo fuera algo maravilloso que se desplegara para él cada mañana. La tentación es grande, pero hago acopio de profesionalidad y le dejo plantado para salir pitando hacia la ducha, no quiero llegar tarde mi primer día de trabajo.

Antes de marchar, me acerco para darle un beso de despedida, pero él me lanza sobre la cama, arrugándome el vestido y desbaratando el recogido que había improvisado minutos antes con mi pelo. Nos despedimos entre risas y, de camino al ascensor, intento enmendar el desastre, pero es inútil, tendré que hacerlo pasar como una pequeña extravagancia; ventajas de trabajar en el mundo de la moda.

Salgo a la calle para toparme con el otoño de Madrid, el aire fresco y seco de la sierra, el arbolado multicolor, el ajetreo de la gente... En el metro todo el mundo lleva prisa, todos salvo yo,

que voy sonriendo embobada. Supongo que debo parecer a la legua una turista.

Llego con media hora de adelanto a la oficina, agitada y nerviosa, como una niña en su primer día de colegio. Me dirijo hasta mi mesa con timidez, saludando a quienes voy encontrando de camino. La oficina va cobrando vida y a las nueve esto es un hervidero de gente.

Poco después tengo una reunión con Estela Miranda, mi jefa directa, en la que me presenta a mis compañeros del equipo de diseño: Sofía, una malagueña pelirroja muy graciosa; Michael, un londinense paliducho que no habla una palabra de español; y Leo, un madrileño supergay que nada más conocerme ya me ha invitado a un par de fiestas. Juntos diseñaremos la colección de hombre para el público juvenil de Sfera.

Estela me dice que debo estar muy agradecida a Oriol Vega, mi exjefe en Inditex, que le escribió una emotiva carta de recomendación en la que lamentaba perder a una de sus más valiosas colaboradoras, pero que el corazón manda y debía dejarme marchar. Mi querido Oriol, echaré de menos su talento y sus deliciosos *capuccinos*.

El viernes, al salir del trabajo, me voy directa a casa porque Galo ha invitado a Tito a cenar y quiero lucirme en mi puesta de largo como anfitriona. Como cada día, me encuentro la casa como si estuvieran a punto de hacer un reportaje fotográfico para una revista de decoración. Todo gracias a la señora Buda, una infatigable mujer rumana que lleva tiempo trabajando para Galo. Es como un hada que obra sus milagros sin ser vista. Llego cuando yo ya me he ido a trabajar y se marcha antes de que vuelva, de modo que no nos vemos nunca. También es la encargada de prepararnos la cena y hacer la compra diaria, así que no tengo que hacer nada en la casa, salvo cocinar por placer cuando me apetezca.

La señora Buda ha dejado los ingredientes que le encargué

en la nevera. Pongo música, me sirvo un Martini y me dispongo a disfrutar en esta enormidad de cocina. Me hace gracia que esté tan bien equipada cuando me consta que, a nivel culinario, Galo es una de las personas más torpes que conozco.

Una vez tengo la cena encaminada, me voy a nuestra habitación para darme un baño relajante, porque me siento como si fuera a presentarme a un examen habiendo estudiado poco. Al cabo de media hora salgo del agua y me visto de manera informal, dejando a un lado los tacones que me obligo a llevar para ir al trabajo.

Mientras me estoy secando el pelo, Galo llama para decirme que su vuelo va con retraso y que no podrá llegar antes de las diez. Maldita sea, odio tener que estar a solas con su amigo.

A las nueve y media suena el timbre. Tenía la vana ilusión de que se retrasara, pero, por desgracia, llega con puntualidad británica. Me miro en el espejo con desgana y voy a abrirle la puerta a nuestro invitado. Lleva una gruesa chaqueta de motorista, el casco en la mano y su inconfundible *look* desaliñado.

—La señora de la casa, supongo —dice con su habitual sarcasmo mientras me da dos besos en las mejillas. Sé que me está provocando, pero no pienso morder el anzuelo, así que le regalo la más hipócrita de mis sonrisas.

—Muy a tu pesar, ya me han contado. Pasa, Galo no ha llegado todavía, pero no tardará. ¿Te apetece una copa de vino mientras le esperamos?

—Solo si es bueno.

—Aquí todo es bueno. Acompáñame a la cocina, que estoy dándole los últimos toques a la cena.

Conforme caminamos rumbo a la cocina me arrepiento de no haberme puesto tacones, no me había fijado en que era tan alto, casi tanto como Galo, aunque mucho más delgado. Me siento tan insignificante a su lado..., algo que no me ayuda a aplacar la incomodidad de su presencia.

Sin mediar palabra, deja sus cosas sobre una silla y se lava

las manos en la pila. A continuación, va a la vitrina donde están colocadas las copas y saca dos con la mayor naturalidad, como dejando claro que conoce de sobra la casa y que yo soy la recién llegada. Lleva unos vaqueros destrozados, una sudadera con capucha manchada de pintura y botas negras. Tiene el pelo hecho un desastre y una mirada oscura, a pesar de tener unos ojos azules impresionantes.

Me acerco a la nevera para sacar una botella de vino blanco, sin haberle preguntado si le gusta o lo prefiere tinto. Supongo que no estoy siendo una buena anfitriona, pero como él tampoco está siendo muy cortés, no me siento demasiado culpable. Cojo un sacacorchos de un cajón y se lo lanzo. Si el silencio es su juego, jugaremos. Lo coge al vuelo y se pone a abrir la botella ajeno a mi presencia. Sirve el vino con la solemnidad de un cura en el altar, lo huele, lo prueba y, solo entonces, se digna a mirarme, acercándose una de las copas.

—¿Por qué brindamos, por las salas de espera de los aeropuertos internacionales, quizás? —me pregunta con ironía.

—Por las salas de espera y los encuentros mágicos que propician.

—Salud, cuñadita.

—Salud, Tito.

Chocamos nuestras copas y bebemos un poco de vino. Se acerca a la encimera donde he dejado un bol con aceitunas rellenas, se mete dos o tres en la boca y me lo acerca para que yo haga lo propio.

—Come —ordena—, no conviene beber con el estómago vacío.

—¡Qué paternal!

—No te creas... —me replica con una extraña sonrisa.

Le acerco una barra de pan y un cuchillo para que lo corte y lo coloque en un cestillo de mimbre. Mientras tanto, me pongo a aliñar la ensalada, en extremos opuestos de la isla de trabajo de la cocina.

Parece relajado, controlando la situación, en cambio yo tengo que hacer un esfuerzo ímprobo para ocultar mi estado de nervios, aunque me temo que el temblor de mis manos me delata. Y como soy una charlatana que no soporta los silencios, doy por perdido el pulso y me dispongo a hablar con una voz demasiado aguda para mi gusto.

—Escucha, me alegro de tener unos minutos a solas para poder hablar. Sé que no te caigo bien, aunque todavía no sé por qué.

—Si he dicho algo que te haya llevado a sacar esa conclusión, lo lamento —me responde de forma seca.

—No se trata de algo que hayas dicho, sino de lo que callas. Puede que no sea psicóloga, como tú, pero tengo un sexto sentido que no me suele fallar.

—Interesante, ¿y qué más te dice tu sexto sentido? Me muero por saberlo.

—No te burles de mí, Tito. Solo quiero decirte que he hecho un sacrificio personal muy grande, he dejado un trabajo que me encantaba y me he trasladado a una ciudad que no conozco, solo por estar con Galo.

—Muy generoso por tu parte.

—No se trata de generosidad. Sé que quizás te haya parecido precipitado, pero el hecho de que viviéramos a seiscientos kilómetros de distancia ha sido determinante. Tal vez piensas que yo le presioné, pero te juro que fue él quien puso la idea sobre la mesa.

—Ya. Lo que no entiendo es por qué te importa mi opinión.

—Me importa porque sois casi hermanos y, dado que tengo la sensación de que vamos a coincidir a menudo, me gustaría que me dieras una pequeña oportunidad para demostrarte que no soy una mala persona.

—Nunca he dicho que lo fueras.

—Pero lo piensas.

—Vaya, ahora también sabes lo que pienso... —dice con fastidio mientras coge de nuevo su copa y da un trago.

—Quizás tengas miedo de que yo sea un obstáculo en vuestra relación, y en ese sentido, me gustaría tranquilizarte. El hecho de que yo viva aquí no quiere decir que lo que hay entre vosotros tenga que cambiar, podéis seguir quedando siempre que queráis, yo nunca me opondré.

—¡Esta sí que es buena, es un alivio saber que tenemos tu permiso!

—No tergiverses mis palabras, por favor. Sé que no soy una gran oradora, pero creo que eres un tipo listo y puedes captar lo que quiero decir.

—Soy un rato listo, pero no te sigo.

—Vale, pues lo que estoy intentando decirte, de una manera muy torpe, por lo que veo, es que quiero a Galo. Le quiero muchísimo, aunque tú creas que me mueve otro tipo de interés. Estoy apostando todo por él y me gustaría que no te empeñaras en sabotear lo nuestro, de la misma forma que yo no pretendo sabotear lo vuestro —consigo decir con la sensación de que en cualquier momento puedo tener un derrame cerebral. No entiendo por qué este hombre me pone tan histérica.

—Respira hondo, ya lo has dicho y no ha pasado nada. ¿Ves qué fácil ha sido? —me dice acariciando mi espalda como si yo fuera un cachorro desvalido.

No sé en qué momento ha dado la vuelta a la isla y se ha plantado a mi lado. ¿Cómo lo ha hecho? Coge un mechón de mi pelo, lo coloca detrás de mi oreja y continúa:

—Procura ser más asertiva: «Di lo que sientes y pide lo que deseas» es mi *leitmotiv*. Respecto a Galo, le estás subestimando si piensas que yo podría sabotear lo vuestro. Yo no tengo ese poder y él no es un niño al que se pueda manipular. Por otro lado, y aun a riesgo de contradecir a un sexto sentido tan agudo, quiero que sepas que no tengo el menor interés en boicotear algo que a mi amigo le reporta tanto placer.

—Solo quería que supieras que para mí es importante.

—Importantísimo. Oye, ¿siempre te pones así de nerviosa?

¿Se está burlando de mí? Apuesto a que no ha escuchado una palabra de lo que le he dicho. Me siento confusa y frustrada, pero él, ajeno a mi debate interior, insiste:

—Digo que si siempre eres así de nerviosa.

—¡Por supuesto que no, Tito! —me defiendo a viva voz.

—Eso espero, tiene que ser agotador. Siéntate, relájate y saborea este delicioso Marqués de Riscal mientras yo pongo la mesa.

Me lleva hasta la mesa como una niña a la que han llamado al orden en la escuela. Me bebo el vino de un tirón mientras le veo moverse por «mi» cocina con naturalidad, de manera que se han invertido los papeles: él hace las veces de anfitrión y yo las de invitada. ¿Cómo hemos llegado a esto? Supongo que debe notar la angustia en mi cara porque en ese momento oímos cómo se abre la puerta de la casa, se echa a reír y exclama:

—¡Aleluya, ha llegado tu maridito, por fin ha terminado tu agonía!

Galo aparece por la cocina con su habitual entusiasmo, vestido aún con su uniforme, ese uniforme que me hace enloquecer. Nada más verme, tira la gorra al suelo con donaire, abre los brazos en cruz y exclama:

—¡A mis brazos, morena!

Es uno de nuestros pequeños juegos. Cuando llega a casa yo corro hacia él y trepo encima suyo para besarle como si lleváramos siglos sin vernos. Me da un poco de vergüenza hacerlo ante testigos, pero ¡qué demonios!

Cuando me deja de nuevo sobre mis pies, me siento ruborizada y tremendamente excitada. Si no tuviéramos visita habríamos acabado haciéndolo sobre la mesa de la cocina. Él lee mi mente como si fuera un libro abierto porque me da un pequeño cachete en el trasero y me dice:

—Luego, gatita.

A continuación se dirige hacia Tito y se abrazan con fuerza. Es bonito verles juntos, salta a la vista cuánto se quieren.

—Qué ganas tenía ganas de verte, tío. ¿A que no sabes a quién

acabo de ver en el aeropuerto? —le pregunta Galo, pasándole el brazo por encima del hombro.

—Sorpréndeme —le replica Tito.

—A Susana Herradón.

—Ni puta idea de quién es.

—Sí, hombre, aquella morena guapetona con la que te enrollaste en Ibiza.

—Como no me des más datos...

—Joder, Tito, en la fiesta de Günther. Pequeñita, delgada, que echaba las cartas del tarot.

—¿Esa? Joder, estaba como una cabra.

—Pues, está loca por ti, dice que las cartas le siguen confirmando que eres el hombre de su vida. Me ha hecho un interrogatorio en toda regla, que si estás en Madrid, que si tienes novia... Le he dicho que sigues soltero y sin compromiso, así que supongo que no tardarás en saber de ella.

—Pues que llame si le da la gana, si no recuerdo mal, tenía su puntito. Habrá que agradecersele al tarot.

Este súbito pavoneo machista saca lo peor de mí misma. Me pongo en el lugar de esa pobre inocente y me entran ganas de abofetearles. Así que, sin pensármelo dos veces, decido interrumpirles de mala manera.

—Cuando terminéis de agitar vuestras plumas de pavo real, haced el favor de pasar la fregona. Estáis dejando la cocina perdida de testosterona.

Los dos me miran con asombro y se echan a reír. Galo se disculpa con un beso y me pide que le acompañe a cambiarse de ropa, algo que agradezco porque me cortaría un brazo antes que volver a quedarme a solas con su amigo. Cuando regresamos Tito ha terminado de poner la mesa, ha puesto música y ha encendido un par de velas que no sé de dónde ha sacado. Aunque me duela reconocerlo, ha demostrado conocer la casa mejor que yo.

Galo me pide que presida la mesa, de modo que tengo a uno

a cada lado. Sirve las copas y brinda por mí y por la extraordinaria aventura que hemos decidido emprender juntos. Con esta cena y este brindis hacemos oficial nuestra relación, con Tito como único testigo. Ni su familia ni la mía nos arropan, la única bendición que Galo necesita es la suya, que finalmente levanta su copa por nosotros con una triste sonrisa.

Supongo que será por la tensión acumulada, pero no tengo ni pizca de hambre, en cambio ellos comen con avidez. Me gustan los hombres que comen bien, no sé por qué, supongo que a nivel inconsciente extrapolo ese apetito a todas las facetas de sus vidas.

—Guau, esto está de muerte, ¿qué es? —pregunta nuestro invitado con curiosidad.

—Es una receta de mi cosecha: corvina fresca rellena de puré de castañas y trufa. Me alegro de que te guste.

—Paula es una cocinera muy creativa, es una gozada volver de viaje y encontrarte un festín sobre la mesa. Además, es valenciana, ni te imaginas lo que hace con el arroz —le explica Galo acariciándome la mejilla con el dorso de la mano.

—Ahora ya conoces mi secreto: le he ganado por el estómago —digo muy orgullosa de mí misma.

—No, nena, conozco a Galo como si lo hubiera parido y sé que le importa una mierda la comida. El epicentro de su vida no está en el estómago sino un poquito más abajo, ahí es donde ganaste la partida. Mi más cordial enhorabuena.

—¡Eres un grosero! —le espeto con una mirada incendiaria. ¡No puedo creer que haya dicho eso!

—¿Grosero? ¡Pero si te estoy haciendo un cumplido, joder, el mejor que se me ocurre!

—¡Me gustan otro tipo de cumplidos y no consiento que me llames *nena*!

—Tito, no te pases... —le recrimina Galo haciendo el gesto de tiempo muerto con la mano, pero me temo que su sonrisa de asentimiento le confirma a su amigo que ha hecho diana.

—Como quieras —le responde él para, a continuación, volver a dirigirse a mí en tono burlón. —Lamento haberla ofendido, señorita, aunque le cueste creerme, le juro que pretendía hacerle un cumplido. Sepa usted que sus singulares destrezas merecen el mayor de mis respetos ¿Así está mejor?

—Supongo —le digo de mala gana porque sé que Galo no me perdonaría que me enfrentara a su amigo del alma.

—¿Un poco más de vino?

—Gracias —le respondo de forma seca.

El resto de la cena transcurre sin más invectivas, gracias a las tres botellas que caen a lo largo de la noche y a que yo no intervengo en la conversación, sino que me limito a escucharles hablar acerca de las tormentas solares y su influencia sobre los instrumentos de navegación aérea. Menudo tostón.

Y mientras ellos hablan entre sí, yo aprovecho para analizarlos de arriba a abajo. Físicamente no pueden ser más diferentes. Sé que Tito es tres meses mayor que Galo, sin embargo, parece mucho más joven, quizás por su actitud desvergonzada y por su caótica forma de vestir. Mientras Galo va siempre impecablemente vestido y afeitado, con una elegancia que no le abandona ni siquiera cuando hace deporte, su amigo sigue teniendo aspecto de adolescente descarriado: barba de tres días, pelo largo y enmarañado, pulseras de cuero, piercing en una oreja y en la lengua... Apuesto a que tiene algún tatuaje aunque a simple vista no se vea.

Y pese a ser tan diferentes, asusta ver cuánto se parecen, en sus gestos, expresiones e incluso en la forma tan descarada de reír. Si cierro los ojos y les escucho hablar no sabría decir cuál es cuál, idéntico tono de voz, los mismos giros... Puede que no sean hermanos de sangre, pero se adivina entre ellos una complicidad sin fisuras. Se quieren, se admiran y respetan sus diferencias, supongo que eso es la verdadera amistad.

Cuando nos levantamos de la mesa son más de las tres. Galo parece muy alegre esta noche; creo que mi hombretón ha bebi-

do más de la cuenta, es su manera de desconectar después de la tensión de un vuelo largo.

—Os quiero —dice, dándonos un beso a cada uno.

—Santo cielo, más vale que nos vayamos a la cama antes de que llegemos a las canciones de los noventa —bromeo.

—Excelente idea, mi vida, te he hecho una promesa y ya sabes que yo siempre cumplo mi palabra —me dice metiéndome mano. Yo le aparto con un poco de vergüenza, pero no puedo evitar ilusionarme ante la noche que se avecina.

—Tito, no creo que debas conducir esta noche, hemos bebido un montón —le advierto al notar en mis piernas el efecto del alcohol.

—No pensaba hacerlo, *mademoiselle*. ¿Acaso olvida que tengo mi propia habitación?

—Claro, lo olvidaba...—. Dios, qué despiste. En realidad pensaba sugerirle que llamara a un taxi.

—En cualquier caso, agradezco que le preocupe mi integridad física. Tengo el placer de informarle que usted también dispone de su habitación en mi casa para cuando haya bebido o para cuando descubra que este cabronazo no merece la pena y necesite un lugar donde refugiarse.

Y, por primera vez desde que le conozco, me habla dejando a un lado el sarcasmo, me atrevería a decir que con un atisbo de ternura, mirándome fijamente a los ojos:

—Bromas aparte, gracias por esta cena irrepitible, Paula, bienvenida a Madrid. Espero que seas muy feliz entre nosotros.

A continuación, toma mi mano y la besa como todo un caballero, le da una palmada a Galo en la espalda y se marcha rumbo a su habitación de la planta baja. Suerte que la nuestra está en la de arriba.

Cuando nos despertamos, a la mañana siguiente, ya se había marchado.



«Hay que tener cuidado al elegir a los enemigos porque uno termina pareciéndose a ellos.»

Jorge Luis Borges

Los siguientes quince días se volatilizan en mis manos como espuma de mar, intentando adaptarme a mi nueva vida. En el trabajo las cosas marchan razonablemente bien. Se respira un buen ambiente y mis compañeros se esfuerzan por aclarar mis dudas y por incluirme en sus planes de comidas y cafés, algo muy de agradecer porque siempre he odiado ser «la nueva».

Las prolongadas ausencias de Galo me están resultando muy difíciles ya que duerme dos o tres noches por semana fuera de casa. Conocía de sobra su profesión, así que ni siquiera tengo derecho a quejarme, pero la verdad es que no sospechaba que pudiera ser tan duro. Cuando llego después del gimnasio a una casa grande y solitaria, deambulo de aquí para allá como un ánima perdida. Todo limpio, todo impoluto, sin absolutamente nada que hacer.

Es una casa fría, propia de un hombre soltero y amante del lujo. Dotada de todas las novedades tecnológicas del mercado: equipo de música y televisión de proporciones indecentes, iluminación indirecta, persianas automatizadas... Todo un derroche de medios, pero todo lo opuesto a un hogar. Supongo que debería darle mi toque personal, pero aún no me siento con la suficiente confianza para hacerlo. Es irónico, me considero la propietaria absoluta de su cuerpo y hago valer mis derechos sin pudor alguno, sin embargo, me siento incapaz de cambiar un jarrón de sitio. Tendría que analizarlo para ver qué significa.

Sin embargo, todos mis celos se vienen abajo en cuanto traspasa el umbral de la puerta. No sé qué extraño poder ejerce sobre mí, haciendo que todo a nuestro alrededor desaparezca.

Cuando estamos juntos no existe nada más, solo somos él y yo, como un todo perfecto, dentro de una burbuja de amor y placer.

Lo único que osa traspasar esa linde sagrada es la irritante presencia de Tito. Raro es el día que no llama o se presenta sin previo aviso por la casa. Galo le mantiene al corriente de sus itinerarios de vuelo, de modo que sabe cuándo y dónde encontrarle. Y a la inversa, no hay un solo día en el que Galo no se escape para correr con él o tomar una cerveza. La mayor parte de las veces no tienen nada que decirse, pero se necesitan, tan simple como eso.

Respecto a su relación conmigo, las cosas no han cambiado, o, al menos, no han cambiado para bien. Tengo la sensación de que ya ni siquiera se molesta en disimular su antipatía hacia mí, pero yo parezco ser la única que se percata, porque Galo lo tiene endiosado.

Cuando sé que Tito anda por casa, me suelo inventar algún trabajo de última hora y me voy a un museo o me meto en un cine para matar el tiempo con tal de no tener que verle. Sé que no está bien. También sé que no debería mentirle a Galo, máxime cuando nuestra relación apenas ha echado a andar, pero siento que no me deja alternativa. Cuando accedí a vivir con él sopesé los pros y los contras, pero en ningún momento sospeché que Tito entraba en el paquete.

Esta noche, muy a mi pesar, estamos invitados a cenar en su casa. Nunca he estado allí y, si por mí fuera, jamás iría. He intentado eludir la cita, insistiéndole a Galo que vaya solo, al fin y al cabo, los dos sabemos que le importa un bledo mi presencia, pero él dice que estoy siendo injusta, que su invitación es un gesto de buena voluntad y que no puedo culparle solo a él de la situación de desencuentro a la que hemos llegado, sino que debo asumir mi parte de culpa. Es el colmo.

Sé que es un juego sucio, pero a eso de las ocho y media, aprovechando la laxitud del cuerpo y de la mente tras el buen sexo, intento *in extremis* convencerle para anular la cita.

—¿Es necesario que vayamos? —le insinuó, apretando mi cuerpo contra el suyo entre las sábanas.

—Mujer, necesario no es, pero me apetece mucho verle.

—No entiendo esta dependencia enfermiza que tenéis.

—No hay nada que entender, Paula, hemos vivido juntos quince años, ¿no te parece suficiente?

—Supongo... —refunfuño. —Oye, ¿qué problema tiene con tu madre? Ni siquiera quiere que la nombren.

Lo digo porque aún recuerdo la primera vez que fuimos a cenar a casa de sus padres, en la que sería mi presentación oficial ante su familia. Me sorprendió que la mesa estuviera puesta para seis personas, sus padres, su hermana Ana con su marido y nosotros dos, sin tener previsto un lugar para Tito, así que se me ocurrió preguntar por él. En ese momento Ana apretó mi mano, obligándome a callar. Yo acaté su orden a pesar de no entender una palabra y al rato me dijo entre susurros que jamás debía mencionar a Tito en presencia de su madre. Así, sin más explicaciones.

—Es una larga historia, no creo que te interese —me responde de forma seca.

Siempre ocurre lo mismo, en cuanto le nombro a Tito se pone a la defensiva. No lo entiendo. ¿A qué se debe tanto hermetismo?

—Sí me interesa, Galo, sobre todo si va a ser un ingrediente tan habitual en nuestra vida, necesito saber dónde me muevo —protesto.

—Paula, lo único que tienes que saber es que es mucho más que un hermano para mí. Los hermanos no los eliges, están ahí te gusten o no. En cambio Tito es mi hermano por elección y yo el suyo. Él no tiene ningún problema con nadie. Es un hombre complejo, pero te aseguro que es una bellísima persona.

—Es que no le gusto...

—Bobadas.

—Lo digo en serio, esas cosas se notan.

—Claro que le gustas, de hecho... —dice como pensando en voz alta, pero parece arrepentirse y calla.

—De hecho, ¿qué?

—Nada, cosas nuestras.

—De hecho, ¿qué? —insisto.

—De hecho, creo que te ajustas demasiado a «su tipo». Si no fueras mi pareja estarías en un aprieto.

—No, Galo, tu amigo me odia, pero tú no te das cuenta porque ni siquiera me miras cuando estamos con él. Es soez y desagradable conmigo y tú nunca le paras los pies.

—Las cosas no son tan sencillas como parecen. Se está comportando extraordinariamente bien, dadas las circunstancias. Si quieres que te diga la verdad, pensé que lo llevaría peor.

—¿Dadas las circunstancias?, ¿de qué demonios estás hablando, Galo? Si no fuera porque te conozco, pensaría que me he colado en medio de una pareja gay.

Entonces se echa a reír a carcajadas y yo me siento furiosa porque sé que no me está tomando en serio.

—Yo no le veo la gracia —le recrimino con gesto serio, a pesar de que él parece que se lo está pasando en grande.

—Pues la tiene, recuérdame que se lo comente, le va a encantar.

—¿Me puedes jurar que nunca habéis sido pareja?

—¿De verdad me estás haciendo esta pregunta?, ¿tan poco me conoces?

—Pensaba que te conocía, pero cuando estás con él te comportas como si fueras otra persona.

—Soy el mismo de siempre, con Tito y sin él. Creo que esta pataleta se reduce a que no soportas compartirme, por eso estás intentando demonizarle —me reprende con gesto serio.

—¡Maldita sea, Galo, soy tu mujer, deberías defenderme!

—No eres mi mujer, Paula, y nunca lo serás, por la sencilla razón de que tú no eres algo que se pueda poseer. Eres mucho más que eso, eres la mujer a la que adoro y con la que pretendo pasar el resto de mi vida si me dejas.

—Yo también quiero pasar el resto de mi vida contigo, por eso tengo miedo a que Tito nos separe.

—Si de verdad me quieres, tendrás que hacer un esfuerzo por llevarte bien con Tito porque, para bien o para mal, él siempre será parte de mi vida, más vale que lo tengas claro.

—Pues podrías pedirle a él el mismo esfuerzo.

—Es su forma de ser, de hecho, el que se meta contigo es una buena señal.

—O sea que encima pretendes que le dé las gracias por ser grosero conmigo.

—Bueno, supongo que en el fondo me alegro de este pequeño rifirrafe, tengo que reconocer que tenía miedo de que acabaras rendida a sus encantos.

—Puedes dormir tranquilo, te garantizo que no es mi tipo.

—¿No lo es? Suele ser el de todas...

—En absoluto, hay algo extraño en él, no me gusta su forma de mirarme. Además, me repugna su aspecto descuidado. Reconoce que tiene pinta de guarro.

—Pues serás la única, ese aspecto de malote causa estragos, lo sé de primera mano.

—No será para tanto, al fin y al cabo, nunca ha conseguido tener una pareja estable.

—No la tiene porque no quiere. Duerme siempre muy bien acompañado, doy fe, pero enseguida se cansa y entonces no tiene misericordia. Sabes que le quiero, pero no me gusta su forma de tratar a las mujeres. Tiene una capacidad infinita para hacerlas infelices. Por eso me alegro de que no sea tu tipo, mi hermana y decenas de amigas no han tenido esa suerte.

—Vaya, pues ahora entiendo algo más, si le ha hecho daño a tu hermana, es lógico que tu madre esté en su contra.

—No, cariño, la historia viene de más atrás.

—Galo, es tu hermana, deberías estar de su lado —le reprendo.

—Ana le conoce tanto como yo. Sabía dónde se metía y aun así le compensó, ella sabrá por qué. En cualquier caso, me da

igual, yo nunca le he juzgado y nunca lo haré, te pido que tú tampoco lo hagas.

Mi padre, hombre cabal y conciliador, me enseñó a reconocer cuándo se ha llegado a un callejón sin salida en una discusión, y en mi caso, la relación de estos dos es la mismísima muralla china, de modo que doy por perdida la batalla de hoy, pero no la guerra. Ya buscaré yo la manera de que alguien de su familia me dé la información que él me niega.

—Lo intentaré, no puedo prometerte nada más —claudico de mala gana.

—Con eso me vale. Sé que esto no es fácil para ti, pero tampoco lo está siendo para él, por eso te pido un poco de paciencia. Necesita tiempo, solo eso.

—De acuerdo, haré lo que esté en mi mano por llevarnos bien. Pero te advierto que no me pienso quedar callada, si me ataca, me defiendo.

—Jamás te privaría del placer de mandarle al carajo, gatita. Tú te bastas y sobras para hacerle frente a cualquier cosa, incluso a Tito, es algo que adoro de ti.

—No me hagas la pelota, que estoy muy enfadada —le advierto.

—¿De veras?

—Sí.

—¿Y no hay nada que pueda hacer para compensarte? —me pregunta con la cabeza sumergida entre mis piernas.

—Lo dudo.

—Mujer de poca fe...

Como era de esperar, llegamos con media hora de retraso y con una sonrisa en la cara que claramente nos delata. La casa de Tito está muy cerca. Es un chalet unifamiliar en la urbanización Conde de Orgaz. No conozco Madrid, pero parece un sitio caro. Llegamos a una altísima valla de piedra, desde la que ni siquiera se divisa la casa. Galo saca de la guantera de su Lexus

un mando a distancia, lo acciona y se abre la puerta de entrada para coches.

Ante nosotros aparece una casa de piedra de aspecto rústico, en gran parte cubierta por enredaderas de color rojizo. A su lado una pérgola de madera que hace las veces de garaje de invitados.

Antes de bajar del coche tomo una bocanada de aire porque no sé lo que me voy a encontrar. Si la casa es el reflejo de su dueño, me temo lo peor. Salimos del coche y vamos de la mano hasta la puerta. Cuando me dispongo a llamar al timbre, Galo me detiene para darme un beso y agradecerme el sacrificio. Algo es algo, ya me lo cobraré yo a mi manera.

Segundos después se abre la puerta y aparece Tito hablando por teléfono en un francés muy fluido. Parece estar discutiendo con alguien, aunque es solo una suposición porque yo no hablo ni una palabra de francés. Nos invita a pasar por señas, se da la vuelta y desaparece por donde ha venido. Ojalá yo pudiera hacer lo mismo. Galo me ayuda a quitarme el abrigo, lo cuelga en unos percheros que tiene en el recibidor y de ahí nos vamos juntos hacia el salón. Del anfitrión, ni rastro.

Mi sorpresa es superlativa cuando miro a mi alrededor. Esperaba encontrarme una cuadra sucia y destartada y lo que tengo frente a mis ojos me deja boquiabierto. Es un salón inmenso, con varios ambientes, cálido, acogedor y bien decorado. Muebles de madera oscura, estanterías repletas de libros perfectamente alineados, la chimenea encendida y un gran ventanal que da a un frondoso jardín con la piscina iluminada pese a que estamos casi en invierno.

Galo se marcha rumbo a la cocina para traer algo de beber y me deja a solas, así que aprovecho para pasearme y analizar lo que veo. Me parece que se puede saber mucho de una persona a través de su casa. Hay bastantes plantas de interior y un par de jarrones con flores frescas. En un rincón del salón veo un violoncelo con un arco apoyado en una silla, parece como si lo

hubiera estado tocando hace poco. No tenía ni idea de que tocara un instrumento...

Las paredes de color crema están adornadas con media docena de cuadros de gran formato, de colores fuertes y muy hermosos. Casi todos son mujeres desnudas, de pelo color azabache, cuellos eternos y mirada enigmática. Sin duda pintados todos por la misma mano. Por un momento sospecho que puedan ser suyos, pero la firma me saca de mi error al ver C. Dupont en todos ellos. No tengo ni idea de quién es, pero está claro que lo admira.

Cuando me dispongo a escudriñar las estanterías para ver el tipo de lectura que le interesa, me siento observada, así que me doy la vuelta y me lo encuentro a menos de un palmo de distancia, mirándome fijamente. No sé cómo ha podido llegar hasta aquí sin que le haya oído, odio que haga eso. Hoy lleva puestas unas gafas de pasta negra que no consiguen opacar el azul intenso de sus ojos de husky siberiano.

Pese a saberse descubierto, no aparta su mirada, al contrario, la fija en mis ojos sin apenas pestañear. La tensión me resulta tan insoportable que termino por apartar la mirada. Otro pulso perdido, maldita sea...

—¿No te enseñaron de pequeño que mirar de esa manera tan impertinente es de mala educación? —Dios, no sé por qué lo he dicho, las palabras han salido de mi boca como una erupción volcánica. Puede que Galo tenga razón, tal vez el problema esté en mí y no en él. *Mea culpa*, lo admito, pero llegados a este punto, solo puedo dar un paso al frente. Yo soy así, me las arreglo sola para meterme en problemas.

—Mi educación deja mucho que desear, pensé que a estas alturas ya te habías dado cuenta.

—Bueno, pues si nadie te lo dijo entonces, te lo digo yo ahora: tu mirada insolente me incomoda.

—¿Y eso por qué?

—Por nada, no quiero que me mires así y punto —zanjo el tema.

—Pues es una pena, me gustan tus ojos.

—Vaya, pensé que no te gustaba nada de mí.

—Pensaste mal. Por cierto, perdón por el recibimiento, una llamada inoportuna.

—Perdonado. Tienes una casa muy bonita, no parece que estemos en la ciudad, sino en plena campiña.

—Me crié en una casa de campo, me gusta recrear ese ambiente.

—Es preciosa, no la imaginaba así.

—¿Cómo la imaginabas?

—Pues, como tú... —respondo como si con eso estuviera todo dicho. Afortunadamente, mi comentario no parece sentarle mal, al contrario, se echa a reír de manera desenfadada.

—Segunda equivocación de la noche, muchacha; yo que tú, no me fiaría tanto de ese sexto sentido tuyo. Vamos ya, antes de que Galo abra alguna botella de vino. Hoy la cosa va de cerveza.

Y, sin venir a cuento, me coge de la mano y me arrastra fuera del salón. Yo le sigo sin ofrecer resistencia, sorprendida por este contacto físico tan inesperado ya que jamás se me acerca siquiera, pero en cuanto llegamos a la cocina me la suelta para abrazar a Galo de manera desmedida.

La cocina es enorme, con una decoración *shabby chic* de muebles blancos envejecidos, una barra de desayuno con banquetas altas y un comedor para ocho personas incorporado. Hay un par de vitrinas iluminadas con vajilla y cristalería antiguas, así como cestos con frutas y plantas aromáticas.

Yo no salgo de mi asombro pues lo que veo no encaja con el hombre que tengo frente a mí: descalzo, desgredado y mal afeitado. Es como si no fuera su casa o como si ese desaliño fuera una fachada para ocultar su verdadera forma de ser. Un hombre muy extraño, pero con una casa bellísima, qué duda cabe.

Mientras continúo oteando a mi alrededor, Tito saca tres botellas de cerveza de la nevera y las sirve en unas copas de balón. Es una cerveza sin etiquetar de color dorado intenso y espuma

densa y consistente. Bebemos sin brindis alguno, mientras Tito nos mira expectante. Se trata de una cerveza bastante fuerte y amarga, pero con un ligero sabor afrutado muy agradable. Aunque no entiendo mucho de cervezas, está riquísima. Tras paladear a conciencia media botella, Galo exclama:

—¡Qué hijo de puta!

—Te dije que era cuestión de tiempo —le responde Tito con evidente cara de satisfacción. A continuación se ponen a hablar de IBUS, fermentaciones triples, lúpulos y levaduras belgas, sin que yo tenga la menor noción de lo que hablan. Y como no puedo intervenir en la conversación, me ventilo entera mi botella y la mitad de la de Galo.

Entonces me explican que nuestro anfitrión es un consumador cervecero artesano, afición que heredó de su abuelo materno cuando era un adolescente. Tras haber hecho varios cursos en Bélgica, llevaba tiempo diseñando sus propias recetas, hasta dar con la que hoy probamos, su obra maestra hasta la fecha.

—Está cojonuda, tío, deberías comercializarla.

—Galo, lo tuyo con la pasta es patológico. ¿No puedes entender que no lo hago por dinero?

—Lástima, tendrías que compartir esta maravilla con más gente.

—Ya lo hago, pero solo con la que me interesa. Te he preparado una caja para que tengáis en casa.

—Gracias, daremos buena cuenta de ella.

El olor a pan caliente inunda la cocina y mis papilas gustativas se ponen a trabajar a toda máquina. Por lo visto también amasa su propio pan, con levadura fresca e ingredientes ecológicos certificados. Toda una caja de sorpresas. Ya tiene la mesa puesta con un mantel de lino blanco y un par de velas encendidas.

Mientras terminamos de aliñar una ensalada, hablan acerca de una amiga común que no pasa por su mejor momento. Galo dice que se encuentra atado de pies y manos porque su situación personal ha cambiado, en cambio Tito opina que no pue-

den lavarse las manos, así que ha decidido llevársela de viaje para animarla. Me imagino de qué forma...

Por fin nos sentamos a la mesa, Tito la preside con nosotros a cada lado. La cena consiste en una *raclette* de quesos fundidos, con patatas cocidas y embutidos franceses, acompañado de un par de ensaladas y botellas y más botellas de su cerveza artesana. Un inesperado manjar.

No sé cómo ha adivinado que soy una amante de los quesos, así que repito varias veces y me como yo solita media hogaza de pan. Nunca he sido de mucho comer, pero hoy no consigo saciar ni el hambre ni la sed. Y como la cerveza parece de alta graduación, a este paso creo que no podré levantarme de la mesa.

Galo intenta convencerle de que vayamos a esquiar a los Alpes en Navidad, pero Tito declina la propuesta. Dice que ya tiene organizado otro viaje en esas fechas, sin especificar a dónde ni con quién. Yo no acabo de creerle, pero sea como sea, me siento gratamente aliviada. Sin embargo, ante la insistencia y clara decepción de Galo por su negativa, acaba aceptando estar de vuelta para Nochevieja y organizar la fiesta de fin de año en su casa.

Hablan, opinan y deciden entre ellos, como si yo no estuviera sentada en la misma mesa. Es tan decepcionante... Mi Galo adorable y solícito se olvida de que existo en cuanto tiene a Tito delante, jamás llegaré a comprenderlo.

Tito parece intuir mi frustración porque da por finalizada la conversación y se dirige a mí por primera vez en toda la velada.

—Nunca te había visto comer con tantas ganas, Paula.

Su comentario me pilló con la boca llena, así que me atraganté al contestarle.

—Es que me encanta la *raclette*. ¿Cómo has sabido que era mi plato favorito?

—No lo sabía, también es el mío, por eso lo he elegido para hoy. Ahora, cuéntame, ¿qué tal va el apasionante mundo del trapito?

Sé que intenta provocarme como de costumbre, pero hoy ha pinchado en hueso.

—Muy bien, Tito, agradezco tu interés —le respondo con sarcasmo. —La *industria de la moda* goza de muy buena salud, gracias a profesionales como yo, que hacemos un trabajo riguroso, y a consumidores como tú, que estáis dispuestos a aflojar la cartera y pagar nuestro sueldo.

—¿Yo? —me pregunta con cara de asombro.

—Sí, querido. Esta camiseta de manga larga que llevas es diseño mío. Colección de Massimo Dutti de este año, aunque fuera parida por mí el año pasado. Coste de producción unos ocho euros, mientras que tú has debido pagar unos setenta pavos por ella. Buen margen, ¿no?

¡Ahí queda esa!

Pensé que nunca iba a tener la oportunidad de callarle la boca, pero me lo ha puesto en bandeja porque, en lo que concierne a mi profesión, no admito bromas estereotipadas. Sé cómo defenderme, por desgracia llevo años justificándome ante mi familia. Mi respuesta le sorprende, pero lejos de cohibirse, veo que sonrío con evidente cara de satisfacción.

—¡*Touché!* Excelente respuesta, Paula. ¿De verdad la has diseñado tú? —me pregunta mientras examina la camiseta como si fuera la primera vez que la viera.

—¿Por qué iba a mentir? Siempre diseño ropa masculina, pensé que lo sabías.

—Así que se podría decir que dedicas tu vida a vestir a los hombres en general y a desvestir a uno en particular, ¿no?

—Nunca me lo había planteado de esa manera, pero supongo que sí. Y, tú, dado que no ejerces de psicólogo, además de hacer cerveza, ¿se puede saber a qué dedicas tu tiempo?

—Soy un gran hedonista, Paula, dudo que una señorita tan bien educada como tú quiera saber a lo que dedico mi tiempo. Pero si insistes, te diré que básicamente hago lo que me da la gana desde que me levanto hasta que me acuesto. Te lo recomiendo, es muy estimulante.

—Te matas a escribir, Tito, no lo niegues —le contradice Galo.

—Solo porque me divierto, si tuviera que hacerlo por obligación, no escribiría ni una línea.

—¡Y encima te forras, hay que joderse! A pesar de su aspecto de indigente, es como el rey Midas, que convierte en oro todo lo que toca. Tito, ¿sabes que Paula tiene una teoría muy interesante sobre psicólogos y psiquiatras?

—¿De veras? ¿Y cuál es esa teoría? —me pregunta con ironía.

—Mi teoría es que todos los profesionales de la salud mental estáis un poco desquiciados. No te ofendas, mi hermana también es psicóloga y la adoro, pero es rara de narices. Tengo la impresión de que todos lo sois en mayor o menor medida. Pienso que lo que os mueve a elegir esta carrera es la necesidad de comprenderos a vosotros mismos, no la de ayudar a otros.

—No puedo estar más de acuerdo, pero creo que deberías profundizar más en tu estudio, me ofrezco voluntario como conejillo de Indias.

—Tomo nota.

—Podrías presentarme a tu hermana, por aquello de fundir rarezas. ¿Se parece a ti?

—¿Acaso no me has escuchado? Te he dicho que quiero a mi hermana, jamás te la presentaría. Y no, no se parece a mí, es mucho más guapa, más lista y mejor persona.

—Lástima, ya veo que mi fama me precede.

—Además, tiene un novio estupendo.

—Ese nunca ha sido un problema para mí, tesoro. Pero en cualquier caso, no pierdo la esperanza de que, a pesar de mi precaria salud mental, algún día llegues a adorarme como a tu hermana, al fin y al cabo, ahora somos familia.

—No me gusta ser agorera, pero no es que estés haciendo muchos méritos, así que yo no contaría con ello.

Me mira con una inesperada ternura, pero no me responde nada. Coge su copa, la apura y se dirige a su amigo:

—Galo, tenía la esperanza de que fuera tan sosita como todas tus anteriores, pero no solo es tan guapa que jode, sino que

es orgullosa, pendenciera y deslenguada. La cosa se complica, hijo de puta.

Y entonces se ponen a discutir acaloradamente en francés, a sabiendas de que yo no puedo entenderles, así que protesto indignada.

—Me parece una falta de respeto que habléis en francés para que yo no os entienda.

—Pues no te quejes tanto y aprende de una puta vez, te hará falta —me replica Tito de forma brusca. Evaporada la efímera ternura, reaparece el hombre arisco que detesto.

—Tito, me has dado tu palabra —le advierte Galo.

—Y la mantengo, pero los dos sabemos que estás de mierda hasta el cuello. Cumple tu parte y yo cumpliré la mía. En esto, como en la cerveza, es solo cuestión de tiempo.

Ambos parecen disgustados y a mí la culpabilidad me hinca el diente porque sospecho que todo gira en torno a mi comentario, que por otra parte, consideraba perfectamente inofensivo. La verdad, a estas alturas nos hemos dicho cientos de cosas peores. Mi mente trabaja a toda máquina para averiguar en qué momento se ha torcido la conversación, pero como he bebido tanto no consigo pensar con mucha claridad. Por suerte, la tensa conversación se interrumpe en el momento en el que suena el timbre de la casa. ¡Salvados por la campana!

Tito se levanta para abrir la puerta, mientras Galo se pone a recoger la mesa con el ceño fruncido. Al momento reaparece Tito acompañado de una atractiva sevillana, alta, morena y muy extrovertida. Se llama Rocío, un huracán de fuerza cinco que entra en escena hablando sin parar. A los dos minutos de conocernos ya sé que es abogada, madre de dos hijos y sospecho que está casada, pues dice que debe volver pronto a casa, como Cenicienta. No entiendo cómo no la hemos esperado para cenar, pero enseguida nos explica que acaba de salir de una cena de trabajo y que solo ha venido para tomar el postre. Lo dice mirando sensualmente a Tito, de manera que resulta evidente que no se refiere a algo dulce.

Galo y yo pillamos la indirecta y decidimos dejar a solas a la pareja. La presencia de Rocío ha suavizado los ánimos y, a la hora de despedirnos, ellos lo hacen con risas y abrazos, como si yo fuera la única que recordara que minutos atrás estaban discutiendo a cara de perro. Tito no se despide de mí, tan solo me guiña un ojo en la distancia y agarra a la sevillana de la mano, para dirigirse con ella escaleras arriba con cara de depredador, sin tan siquiera esperar a que hayamos cerrado la puerta.